



INSTITUTO FRAY MAMERTO ESQUIÚ

ASIGNATURA: **HISTORIA**

CURSOS: **4° A y C**

PROFESORA: **MARÍA BELÉN GUARDIOLA**

MÓDULO DE MATERIAL ADICIONAL N° 1: **IMPERIALISMO**

Texto 1. LAS CAUSAS DEL IMPERIALISMO

A partir de 1880, las naciones europeas lanzaron una decisiva ofensiva para conquistar nuevos mercados en el resto del mundo, o bien consolidar su control sobre naciones formalmente independientes. ¿Cuáles eran las razones que, en 1880, las llevaban a cambiar radicalmente sus estrategias diplomáticas y económicas por otras agresivas y de anexión territorial?

Causas Económicas: la idea fundamental de las teorías económicas es que el imperialismo europeo del siglo XIX fue consecuencia de la revolución industrial y los avances tecnológicos. Entre los factores económicos que impulsaron esta expansión se encuentran **la búsqueda de materias primas y mercados para las mercaderías industriales**. Cuando en 1873 se produjo la crisis económica y comenzaron a implantarse las barreras proteccionistas en el comercio internacional, los países industrializados tuvieron que buscar nuevos mercados para colocar sus productos. Las búsquedas

se dirigieron hacia regiones que ofrecían posibilidades nuevas para el comercio internacional, como Asia y África. Al ser territorios no industrializados, las mercaderías se podrían vender a numerosos consumidores sin sufrir competencia. Por otra parte, la necesidad de alimentos y materias primas industriales (como el caucho, el algodón y el cobre), que no podían conseguirse en territorio de los países desarrollados, fomentó la búsqueda de nuevos lugares de aprovisionamiento.

El imperialismo, fase superior del capitalismo

Éste es el título de una de las obras del ruso Vladimir Lenin. Escrita en 1916, supone una de las adaptaciones de la teoría económica marxista a la evolución sufrida por el capitalismo durante las dos primeras décadas del siglo XX: la expansión de ese modo de producción lleva forzosamente a su estadio supremo y último, el imperialismo, en cuyo interior se produce la agudización de las contradicciones del sistema que se resolverán a favor de las clases dominadas. Según Lenin, el monopolio de los capitales financieros y su colocación en los territorios dominados por las principales potencias implica el incremento de las luchas internacionales por la obtención de los distintos mercados, y da como resultado la aparición de las condiciones necesarias para la transformación de la sociedad según el modelo revolucionario socialista.

Otro factor que impulsó la expansión imperialista fue **la acumulación de capitales**. Los países industrializados contaban con una acumulación de capital proveniente de las ganancias de sus actividades productivas. Quienes tenían capitales para invertir buscaban regiones del mundo donde la rentabilidad fuera más alta. Las oportunidades más favorables se encontraban en regiones no desarrolladas que podían necesitar inversiones para sus actividades, por ejemplo:

- préstamos a gobiernos nacionales
- obras de infraestructura (ferrocarriles, tranvías, telégrafos, teléfonos, gas, agua, transporte, etc.)
- actividades mineras, inmobiliarias, establecimientos comerciales, bancos, etc.

Estos territorios, además, contaban con abundantes materias primas para explotar y mano de obra barata.

Las inversiones podían realizarse en países independientes, pero cuando las condiciones políticas no se consideraban favorables, se anexaba el territorio como colonia para imponer condiciones satisfactorias.

Causas políticas: las interpretaciones políticas parten del supuesto de que el fenómeno imperialista fue el resultado de las condiciones políticas y sociales de fines del siglo XIX. Las colonias se pusieron al servicio del poder del Estado imperialista.

Dentro de las teorías políticas, en primer lugar están quienes explican el imperialismo por las decisiones tomadas por los gobernantes, que consideraban las colonias como bases estratégicas. Esta interpretación tiene en cuenta las relaciones internacionales que surgieron a partir de 1870. La expansión colonial sería la consecuencia de la competencia entre los principales Estados de Europa, que necesitaban bases en los diferentes continentes, con importantes fuerzas navales para controlar los mares. En segundo lugar están quienes explican el imperialismo a partir de la idea de que los gobernantes consideraban a las colonias como una "válvula de escape" para los problemas políticos y sociales de sus países. Desde esta perspectiva, la obtención de colonias permitiría, por ejemplo, mantener alejados de los centros de poder a los militares políticamente ambiciosos, y generar carreras administrativas para las clases medias profesionales que actuarían como funcionarios coloniales.

Causas ideológicas: basadas en las nociones de darwinismo social subrayan el deseo "natural" de los gobiernos fuertes de incrementar su poder a expensas de las naciones más débiles. El imperialismo era visto en términos positivos, como muestra del vigor de una nación, y expresaba la supremacía de las potencias.

A lo largo del siglo XIX, el desarrollo de los medios de transporte y de comunicación posibilitó la integración de los mercados nacionales y del mercado mundial. Este proceso fue posible gracias a la vigencia del librecambio, que, a partir

de mediados del siglo, permitió abaratar los precios y expandir el comercio; y, debido al descubrimiento de metales preciosos en California y Australia, alrededor de 1850, hecho que multiplicó los medios de pago y garantizó una mayor estabilidad en el sistema monetario.

El librecambio permitió dar un paso decisivo en la constitución de una nueva forma de organización económica mundial: la división internacional del trabajo.

En 1873, sobrevino una importante crisis económica en los países más desarrollados. No se trató de una crisis de la producción, sino de las ganancias. El exceso en la producción de algunos bienes produjo la caída de los precios y los empresarios no pudieron recuperar el capital invertido. Debido a esto, las ganancias de los empresarios disminuyeron y algunas empresas quebraron. Para hacer frente a la situación, muchos Estados adoptaron el proteccionismo e impusieron altos aranceles a la importación.

HOBBSAWM, E. La era del imperio. 1875-1914. Crítica. Buenos Aires. 1998. Cap 3: *La era del Imperio*. Pp. 65 - 68

CAPÍTULO 3 LA ERA DEL IMPERIO

Sólo la confusión política total y el optimismo ingenuo pueden impedir el reconocimiento de que los esfuerzos inevitables por alcanzar la expansión comercial por parte de todas las naciones civilizadas burguesas, tras un período de transición de aparente competencia pacífica, se aproximan al punto en que *sólo el poder* decidirá la participación de cada nación en el control económico de la Tierra y, por tanto, la esfera de acción de su pueblo y, especialmente, el potencial de ganancias de sus trabajadores.

MAX WEBER, 1894

“Cuando estés entre los chinos -afirma [el emperador de Alemania]-, recuerda que eres la vanguardia del cristianismo -afirma-. Hazle comprender lo que significa nuestra civilización occidental. [...] Y si por casualidad consigues un poco de tierra, no permitas que los franceses o los rusos te la arrebaten.”

Mr. Dooley's Philosophy

1

Un mundo en el que el ritmo de la economía estaba determinado por los países capitalistas desarrollados o en proceso de desarrollo existentes en su seno tenía grandes probabilidades de convertirse en un mundo en el que los países “avanzados” dominaran a los “atrasados”: en definitiva, un mundo imperialista. Pero, paradójicamente, al período transcurrido entre 1875 y 1914 se le puede calificar como era del imperio no sólo porque en él se desarrolló un nuevo tipo de imperialismo, sino también por otro motivo ciertamente anacrónico. Probablemente, fue el período de la historia moderna en que hubo mayor número de gobernantes que se autotitulaban oficialmente “emperadores” o que fueran considerados por los diplomáticos occidentales como merecedores de ese título.

En Europa, se reclamaban de ese título los gobernantes de Alemania, Austria, Rusia, Turquía y (en su calidad de señores de la India) el Reino Unido. Dos de ellos (Alemania y el Reino Unido/la India) eran innovaciones del decenio de 1870. Compensaban con creces la desaparición del “Segundo Imperio” de Napoleón III en Francia. Fuera de Europa, se adjudicaba normalmente ese título a los gobernantes de China, Japón, Persia y -tal vez en este caso con un grado mayor de cortesía diplomática internacional- a los de Etiopía y Marruecos. Por otra parte, hasta 1889 sobrevivió en Brasil un emperador americano. Podrían añadirse a esa lista uno o dos “emperadores” aún más oscuros. En 1918 habían desaparecido cinco de ellos. En la actualidad (1988) el único sobreviviente de ese conjunto de supermonarcas es el de Japón, cuyo perfil político es de poca consistencia y cuya influencia política es insignificante. ^(a)

Desde una perspectiva menos trivial, el período que estudiamos es una era en que aparece un nuevo tipo de imperio, el imperio colonial. La supremacía económica y militar de los países capitalistas no había sufrido un desafío serio desde hacía mucho tiempo, pero entre finales del siglo XVII y el último cuarto del siglo XIX no se había llevado a cabo intento alguno por convertir esa supremacía en una conquista, anexión y administración formales. Entre 1880 y 1914 ese intento se realizó y la mayor parte del mundo ajeno a Europa y al continente americano fue dividido formalmente en territorios que quedaron bajo el gobierno formal o bajo el dominio político informal de uno y otro de una serie de Estados, fundamentalmente el Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, los Países Bajos, Bélgica, los Estados Unidos y Japón. Hasta cierto punto, las víctimas de ese proceso fueron los antiguos imperios preindustriales sobrevivientes de España y Portugal, el primero -pese a los intentos de extender el territorio bajo su control al noroeste de África- más que el segundo. Pero la supervivencia de los más importantes territorios portugueses en África (Angola y Mozambique), que sobrevivirían a otras colonias imperialistas, fue consecuencia, sobre todo, de la incapacidad de sus rivales modernos para ponerse de acuerdo sobre la manera de repartírselo. No hubo rivalidades del mismo tipo que permitieran salvar los restos del Imperio español en América (Cuba, Puerto Rico) y en el Pacífico (Filipinas) de los Estados Unidos en 1898. Nominalmente, la mayor parte de los grandes imperios tradicionales de Asia se mantuvieron independientes, aunque las potencias occidentales establecieron en ellos “zonas de influencia” o incluso una administración directa que en algunos casos (como el acuerdo angloruso sobre Persia en 1907) cubrían todo el territorio. De hecho, se daba por sentada su indefensión militar y política. Si conservaron su independencia fue bien porque resultaban convenientes como Estados-almohadilla (como ocurrió en Siam -la actual Tailandia-, que dividía las zonas británica y francesa en el sureste

asiático, o en Afganistán, que separaba al Reino Unido y Rusia), por la incapacidad de las potencias imperiales rivales para acordar una fórmula para la división, o bien por su gran extensión. El único Estado no europeo que resistió con éxito la conquista colonial formal fue Etiopía, que pudo mantener a raya a Italia, la más débil de las potencias imperiales.

Dos grandes zonas del mundo fueron totalmente divididas por razones prácticas: África y el Pacífico. No quedó ningún Estado independiente en el Pacífico, totalmente dividido entre británicos, franceses, alemanes, neerlandeses, norteamericanos y -todavía en una escala modesta- japoneses. En 1914, África pertenecía en su totalidad a los imperios británico, francés, alemán, belga, portugués, y, de forma más marginal, español, con la excepción de Etiopía, de la insignificante república de Liberia en el África occidental y de una parte de Marruecos, que todavía resistía la conquista total. Como hemos visto, en Asia existía una zona amplia nominalmente independiente, aunque los imperios europeos más antiguos ampliaron y redondearon sus extensas posesiones: el Reino Unido, anexionando Birmania a su imperio indio y estableciendo o reforzando la zona de influencia en el Tibet, Persia y la zona del golfo Pérsico; Rusia, penetrando más profundamente en el Asia central y (aunque con menos éxito) en la zona de Siberia lindante con el Pacífico en Manchuria; los neerlandeses, estableciendo un control más estricto en regiones más remotas de Indonesia. Se crearon dos imperios prácticamente nuevos: el primero, por la conquista francesa de Indochina iniciada en el reinado de Napoleón III, el segundo, por parte de los japoneses a expensas de China en Corea y Taiwan (1895) y, más tarde, a expensas de Rusia, si bien a escala más modesta (1905).

Sólo una gran zona del mundo pudo sustraerse casi por completo a ese proceso de reparto territorial. En 1914, el continente americano se hallaba en la misma situación que en 1875 o que en el decenio de 1820: era un conjunto de repúblicas soberanas, con la excepción de Canadá, las islas del Caribe, y algunas zonas del litoral caribeño. Con excepción de los Estados Unidos, su *status* político raramente impresionaba a nadie salvo a sus vecinos. Nadie dudaba de que desde el punto de vista económico eran dependencias del mundo desarrollado. Pero ni siquiera los Estados Unidos, que afirmaron cada vez más su hegemonía política y militar en esta amplia zona, intentaron seriamente conquistarla y administrarla. Sus únicas anexiones directas fueron Puerto Rico (Cuba consiguió una independencia nominal) y una estrecha franja que discurría a lo largo del canal de Panamá, que formaba parte de otra pequeña República, también nominalmente independiente, desgajada a esos efectos del más extenso país de Colombia mediante una conveniente revolución local. En Latinoamérica, la dominación económica y las presiones políticas necesarias se realizaban sin una conquista formal. El continente americano fue la única gran región del planeta en la que no hubo una seria rivalidad entre las grandes potencias. Con la excepción del Reino Unido, ningún Estado europeo poseía algo más que las dispersas reliquias (básicamente en la zona del Caribe) de imperio colonial del siglo XVIII, sin gran importancia económica o de otro tipo. Ni para el Reino Unido ni para ningún otro país existían razones de peso para rivalizar con los Estados Unidos desafiando la Doctrina Monroe ^(b).

Este reparto del mundo entre un número reducido de Estados, que da su título al presente volumen, era la expresión más espectacular de la progresiva división del globo en fuertes y débiles ("avanzados" y "atrasados", a la que ya hemos hecho referencia). Era también un fenómeno totalmente nuevo. Entre 1876 y 1915, aproximadamente una cuarta parte de la superficie del planeta fue distribuida o redistribuida en forma de colonias entre media docena de Estados. El Reino Unido incrementó sus posesiones a unos diez millones de kilómetros cuadrados, Francia en nueve millones, Alemania adquirió más de dos millones y medio y Bélgica e Italia algo menos. Los Estados Unidos obtuvieron unos 250.000 km² de nuevos territorios, fundamentalmente a costa de España, extensión similar a la que consiguió Japón con sus anexiones a costa de China, Rusia y Corea. Las antiguas colonias africanas de Portugal se ampliaron en unos 750.000 km²; por su parte, España, que resultó un claro perdedor (ante los Estados Unidos), consiguió, sin embargo, algunos territorios áridos en Marruecos y el Sahara occidental. Más difícil es calibrar las anexiones imperialistas de Rusia, ya que se realizaron a costa de los países vecinos y continuando con un proceso de varios siglos de expansión territorial del Estado zarista; además, como veremos, Rusia perdió algunas posesiones a expensas de Japón. De los grandes imperios coloniales sólo los Países Bajos no pudieron, o no quisieron, anexionarse nuevos territorios, salvo ampliando su control sobre las islas indonesias que les pertenecían formalmente desde hacía mucho tiempo. En cuanto a las pequeñas potencias coloniales, Suecia liquidó la única colonia que conservaba, una isla de las Indias Occidentales, que vendió a Francia, y Dinamarca actuaría en la misma línea, conservando únicamente Islandia y Groenlandia como dependencias.

Lo más espectacular no es necesariamente lo más importante. Cuando los observadores del panorama mundial a finales del decenio de 1890 comenzaron a analizar lo que, sin duda alguna, parecía ser una nueva fase en el modelo de desarrollo nacional e internacional, totalmente distinta de la fase liberal de mediados de la centuria, dominada por el librecambio y la libre competencia, consideraron que la creación de imperios coloniales era simplemente uno de sus aspectos. Para los observadores ortodoxos se abría, en términos generales, una nueva era de expansión nacional en la que (como ya hemos sugerido) era imposible separar con claridad los elementos políticos y económicos y en la que el Estado desempeñaba un papel cada vez más activo y fundamental tanto en los asuntos domésticos como en el exterior. Los observadores heterodoxos analizaban más específicamente esa nueva era como una nueva fase de desarrollo capitalista, que surgía de diversas tendencias que creían advertir en ese proceso. El más influyente de esos análisis del fenómeno que pronto se conocería como "imperialismo", el

breve libro de Lenin de 1916, no analizaba “la división del mundo entre las grandes potencias” hasta el capítulo 6 de los diez de que constaba.

REPARTO DE ÁFRICA

Conferencia de Berlín. Acta General. Febrero de 1885.

En nombre de Dios todopoderoso.

Su majestad el Rey de España; S.M. el Emperador de Alemania, Rey de Prusia; S.M. el Emperador de Austria, Rey de Bohemia, etc. (...)

Deseando establecer en un espíritu de entendimiento mutuo, las condiciones más favorables al desarrollo del comercio y de la civilización en determinadas regiones de África, y asegurar a todos los pueblos las ventajas de la libre navegación por los principales ríos africanos que desembocan en el océano Atlántico; deseosos, por otra parte, de prevenir los malentendidos y las disputas que pudieran suscitar en el futuro las nuevas tomas de posesión efectuadas en las costas de África y preocupados, al mismo tiempo por los medios de aumentar el bienestar moral y material de las poblaciones indígenas, han resuelto (...):

1º Declaración relativa a la libertad de comercio en la cuenca del Congo, sus desembocaduras y países circunvecinos, con disposiciones relativas a la protección de los indígenas, de los misioneros y de los viajeros, y a la libertad religiosa.

2º Declaración referente a la trata de esclavos y las operaciones que por tierra o por mar proporcionan esclavos para la trata.

3º Declaración relativa a la neutralidad de los territorios comprendidos en la cuenca convencional del Congo.

4º Acta de navegación del Congo.

5º Acta de navegación del Níger.

6º Declaración que establece en las relaciones internacionales reglas uniformes respecto a las ocupaciones que en adelante puedan verificarse en las costas del continente africano.

Artículo 34. Toda potencia que en lo sucesivo tome posesión de un territorio situado en la costa del continente africano, pero fuera de sus posesiones actuales, o que no poseyendo ninguno hasta entonces, llegase a adquirirlo, así como toda potencia que se haga cargo en aquélla de un protectorado, acompañará el Acta respectiva de una notificación dirigida a las restantes potencias firmantes de la presente Acta, con objeto de ponerlas en condiciones de hacer valer sus reclamaciones, si hubiese lugar a ellas.

Artículo 35. Las potencias firmantes de la presente Acta reconocen la obligación de asegurar, en los territorios ocupados por ellas en la costa del continente africano, la existencia de una autoridad suficiente para hacer respetar los derechos adquiridos y, llegado el caso, la libertad de comercio y de tránsito en las condiciones en que fuese estipulada.”

LITERATURA E HISTORIA

LA CARGA DEL HOMBRE BLANCO

de RUDYARD KIPLING

Llevad la carga del Hombre Blanco.
Enviad adelante a los mejores de entre vosotros;
Vamos, atad a vuestros hijos al exilio
Para servir a las necesidades de vuestros cautivos;
Para servir, con equipo de combate,
A naciones tumultuosas y salvajes;
Vuestros recién conquistados y descontentos pueblos,
Mitad demonios y mitad niños.

Llevad la carga del Hombre Blanco,
Las salvajes guerras por la paz,

Llenad la boca del Hambre,
Y ordenad el cese de la enfermedad;
Y cuando vuestro objetivo este más cerca
En pro de los demás,
Contemplad a la pereza e ignorancia salvaje
Llevar toda vuestra esperanza hacia la nada.

Llevad la carga del Hombre Blanco,
Y cosechad su vieja recompensa
La reprobación de vuestros superiores
El odio de aquellos que protegéis,
El llanto de las huestes que conducís
(¡Tan laboriosamente!) hacia la luz:
“Oh amada noche egipcia,
¿Por qué nos librasteis de la esclavitud?”

**Doc. 7. MISIÓN DEL
COLONIALISMO EUROPEO**

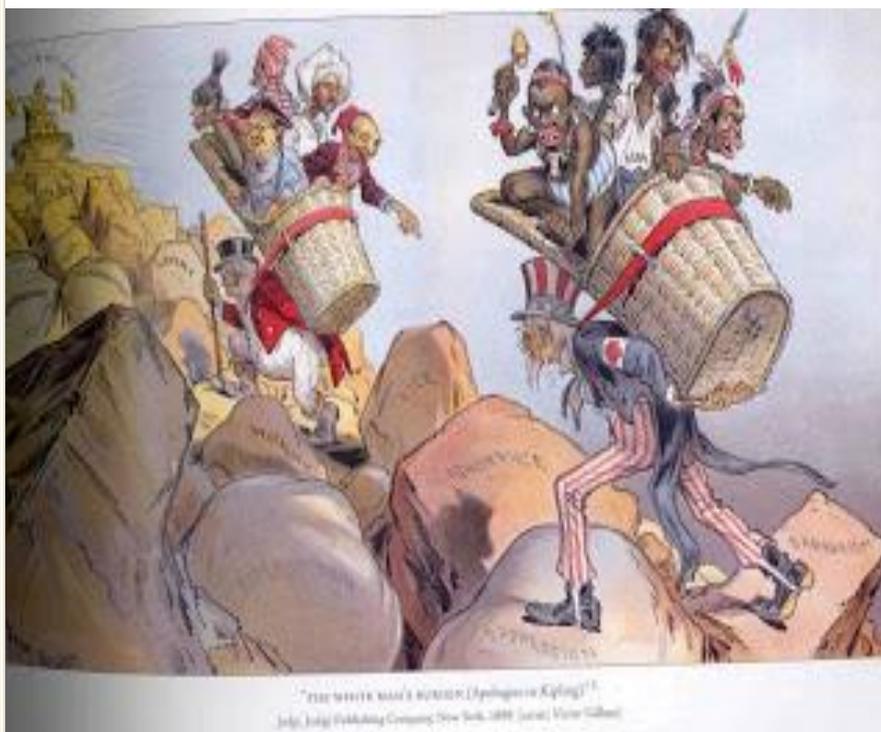
"Lo que ahora sentimos es que nuestro dominio sobre aquellos territorios solo puede justificarse si demostramos que aumenta la felicidad y prosperidad de los pueblos, y yo sostengo que nuestro dominio ha llevado y lleva seguridad, paz y mayor prosperidad a países que nunca habían conocido antes tales beneficios. Al llevar a cabo esta tarea civilizadora, estamos cumpliendo lo que yo creo que es nuestra misión nacional, al tiempo que encontramos la ocasión de poner en práctica las cualidades y potencialidades que han hecho de nosotros la gran razagobernante. No estoy afirmando que nuestro éxito haya sido total en cualquier caso, ni que nuestros métodos hayan estado fuera de cualquier reproche. Pero mantengo que casi en cualquier lugar en el que el dominio de la reina ha sido establecido y se ha impuesto la gran Paz Británica, con ella ha llegado una mayor seguridad para la vida y la propiedad, y una mejora material de las condiciones de la mayoría".

Joseph Chamberlain, Foreign and colonial speeches, Edición autorizada, Londres, 1897.

En: <http://www.odisea.ucv.cl/download/documentos/3%20medio/unid%205/imperialismo.doc>

Consultado en octubre de 2009.

- a) Según el autor, ¿qué beneficios reporta esta forma de dominio sobre los lugares conquistados?
- b) El análisis descrito ¿ha sido superado en la actualidad? Fundamenta tu respuesta.



La pesada carga del hombre blanco

Por José Pablo Feinmann

¿Por qué es pesada esa "carga"? Porque hay en ella una gran dosis de sacrificio. El hombre blanco da todo de sí para llevar la civilización a los territorios primitivos, bárbaros. La barbarie es lo Otro de esa civilización, su antinomia. No es la cultura, no son las costumbres de los pueblos refinados, no son los libros, no es la visión de la historia como un progreso constante del género humano. No podría serlo porque esos pueblos no tienen historia. Sólo pasan a tenerla cuando el hombre blanco, asumiendo su pesada carga, los incorpora a la suya y los lleva por sus caminos, que sí, son los de la historia. En suma, la pesada carga del hombre blanco es la carga del colonialismo. Entrar en los pueblos atrasados, llevarles la cultura, incorporarlos a la línea incontenible del progreso humano, a la

línea de la historia, entregarles como gran regalo la civilización que con tanto sacrificio la modernidad occidental ha conseguido atesorar.

Rudyard Kipling fue el gran poeta de esta epopeya. Nació en Bombay en 1865, se dedicará a la literatura y hasta llegará a ganar el Premio Nobel. Tiene dos poemas célebres por cantar la epopeya del hombre colonialista. (...)

El otro poema de Kipling es explícito sobre todo por su título. Luego es complejo, no tan claro como el If, menos cristalino, menos poderoso, pero igualmente perfecto en su forma literaria. Pero es el poema que dice más explícitamente que cualquier discurso o proclama lo que el hombre blanco siente cuando entra en un territorio bárbaro. "Aquí estamos. Les traemos la cultura, la civilización, el lenguaje, los buenos modales, algunas escuelas, algunos maestros, y llegamos con fusiles, cañones, espadas, látigos, con todo lo necesario si no aceptan someterse a nuestra pesada carga. No nos gusta que nuestro sacrificio sea ignorado, o peor aún: recibido con desdén, con odio. Adviertan ya mismo, en el mismo instante en que nos vean llegar, la enorme suerte que tienen, la modernidad, el capitalismo occidental, la rueda de la historia ha llegado hasta ustedes. Los haremos parte de ella. Esa fortuna tienen. Dejarán de vegetar fuera de la historia. Porque ustedes, sin nosotros, son pueblos sin historia. Nosotros se la traemos. Les traemos nada menos que eso: la Historia. Sólo les pedimos que trabajen para nosotros. Pero los haremos progresar. Caminarán hacia el mismo porvenir que nosotros. Porque es el único. Solos, retrocederían otra vez hasta la edad de los monos y los dinosaurios. De nuestra mano les aguarda el porvenir. Sólo exigimos sumisión y trabajo duro. Algunas vez soltaremos sus manos y serán libres. Entre tanto, crecerán vigilados por nosotros. Porque ustedes, los bárbaros, sólo pueden crecer, avanzar, formar parte del progreso, de la historia humana, si se aferran a nuestra mano, la de la civilización".

Kipling lo dice en White Man's Burden: "Lleven la carga del hombre blanco/ envíen adelante a los mejores entre ustedes/ para servir, con equipo de combate/ a naciones tumultuosas y salvajes/ Esos recién conquistados y descontentos pueblos/ mitad demonios y mitad niños/ Lleven la carga del hombre blanco/ las salvajes guerras por la paz/ llenen la boca del Hambre/ y ordenen el cese de la enfermedad/ y cuando el objetivo esté más cerca/ en pro de los demás/ contemplen a la pereza y a la ignorancia/ llevar la esperanza de todos ustedes hacia la nada". He aquí por qué es pesada la carga del hombre blanco. Porque es inútil. Pesimismo terrible el de Kipling. Esas "naciones tumultuosas y salvajes", esos "descontentos pueblos", "mitad demonios, mitad niños", jamás reconocerán, agobiados por su pereza y por su ignorancia, la esperanza que en ellos depositó el hombre blanco, sometida ahora al abismo, a la nada.

Sin embargo, algún placer o magnífico beneficio habrá de encontrar el hombre blanco en su pesada carga porque la ha llevado y aún la lleva. Aún penetra en tierras que no le pertenecen. Aún dice que asume su cruzada civilizadora. Aún mata en nombre del progreso o de la democracia (palabra que ha reemplazado a "progreso"). Aún su voluntad, incesantemente, le dice: "¡Avanza!"

1914

Antes de la Primera Guerra Mundial



El mundo en 1914



